

## LA VISITA DE RUTH

Ruth miró en el buzón de correo, pero sólo había una carta. La tomó, la miró antes de abrirla, volvió a mirarla con más cuidado... No había sello, ni marcas de correo, solamente su nombre y dirección. Y leyó la carta:

“Querida Ruth: Estaré en tu barrio el sábado por la tarde y pasaré a visitarte. Con carió, Jesús”.

Sus manos temblaban cuando puso la carta sobre la mesa. “¿Por qué querrá venir a visitarme el Señor? No soy nadie especial, no tengo nada que ofrecerle...”

Pensando en eso, Ruth recordó el vacío reinante en los estantes de su cocina: “Ay... no tengo nada que ofrecerle. Tendré que ir a comprar algo. Compraré un poco de pan y alguna otra cosa, para tener algo para presentarle”.

Se echó un abrigo encima y se apresuró a salir. Compró una hogaza de pan francés, media libra de pavo y un cartón de leche. Ruth se quedó solo con tres euros que le deberían durar hasta el lunes. Aun así, se sintió bien camino a casa con sus humildes ingredientes bajo el brazo.

- Oiga, señora, ¿nos puede ayudar?

Ruth estaba tan absorta pensando en la cena que no vio las dos figuras que estaban de pie en el pasillo: un hombre y una mujer, los dos vestidos con poco más que harapos.

- Mire, señora, no tengo empleo... Mi mujer y yo hemos estado viviendo allí fuera, en la calla. Está haciendo frío y tenemos hambre. Si usted nos pudiera ayudar, estaríamos muy agradecidos.

Ruth los miró con cuidado. Pensó que eran jóvenes, que podrían conseguir algún empleo si realmente quisieran.

- Señor, quisiera ayudarles, pero yo misma soy una mujer pobre. Todo lo que tengo es unas rebanadas de pan y un cartón de lecho. Pero tengo un huésped importante para esta noche y planeaba servirle eso a Él.

- Sí, bueno, señora... Gracias de todos modos...

El hombre puso su brazo alrededor de los hombros de la mujer y se dirigieron a la salida.

A medida que los veía saliendo, Ruth sintió un latido familiar en su corazón.

- Señor... ¡espere!

La pareja se detuvo y se volvieron para ver cómo Ruth corría hacia ellos para alcanzarles en plena calle.

- Mire... ¿por qué no toma esta comida? Algo se me ocurrirá para servir a mi invitado.

Y extendió la mano con la bolsa de víveres.

- ¡Gracias, señora! ¡Muchas gracias! – dijo la mujer.

Y Ruth pudo notar que estaba temblando de frío:

- ¿Sabe? Tengo otro abrigo en casa. Tome este...

Ruth puso su abrigo sobre los hombros de la mujer. Sonriendo, regresó a casa, sin su abrigo y sin nada que servir a su invitado.

- ¡Gracias, señora, gracias!

Ruth estaba tiritando cuando llegó a la entrada de su casa. Ahora no tenía nada que ofrecerle al Señor. Buscó rápidamente la llave en la cartera. Mientras lo hacía, vio que en el buzón había otra carta.

Tomó el sobre y lo abrió:

“Querida Ruth: ¡Qué bueno volver a verte! Gracias por la deliciosa cena. ¡Gracias también por el hermoso abrigo! Con cariño, Jesús”.

El aire estaba todavía frío, pero aun sin su abrigo, Ruth sintió un calor especial en su corazón.

Que amemos mucho a Jesús y obremos como Ruth, para poder decirle a Dios Padre:

¡Gracias, Padre, porque una vez más se hace realidad el milagro de la vida!

